

Moncho apaga el despertador que había puesto para las cinco, ya que a las siete empezaba su turno los domingos.

Precisamente en la zona Alonso Martínez, en la que él normalmente trabajaba, era donde más basura se acumulaba porque estaba lleno de bares y la gente tenía la costumbre de beber en la calle.

Normalmente debía recoger montañas de bolsas, vasos de plástico, latas, botellas, tetrabricks, y también los lamentables efectos gástricos producidos por su contenido. Allí en cuestión de basura podía aparecer de todo, pero lo que a él le interesaba, la belleza humana, ni por asomo.

Aquellos consumidores de alcohol en cantidades masivas eran jóvenes procedentes de barrios periféricos de clase trabajadora, lo que significaba no excesivamente favorecida ni económica ni culturalmente, y eso se evidenciaba por sus comportamientos.

No es que fuera clasista, puesto que él mismo procedía de un familia humilde, pero ni en su casa ni en su entorno había visto jamás tales faltas de respeto como las que entre aquellos chicos se infligían.

Se insultaban y gritaban como posesos, como hacían los niños en los colegios, pero en este caso jugaban a ligar.

Para ese juego, las chicas se ponían faldas cortísimas y unos taconazos en los que apenas se sostenían.

También se maquillaban, pintaban las uñas y peinaban como las protagonistas de las películas porno, como si buscaran un polvo rápido en vez de amor.

Al principio, cuando llegaban, ni siquiera se miraban.

Ellos y ellas permanecían en grupitos separados ingiriendo alcohol hasta romper todas las cadenas que arrastraban como fantasmas durante los días normales, siempre acuciados por deberes escolares y morales desde que eran muy pequeños.

La cuestión es que el estrés que padecían, la grasa que comían, y el alcohol que ingerían, mezclado con los azúcares de la Coca-cola, proporcionaban a sus cuerpos y rostros un aspecto verdaderamente desagradable.

Así eran los hijos de los obreros madrileños, que sin embargo carecían de cualquier conciencia de clase, ni de ningún otro tipo.

Le parecían como esas aves de corral criadas en jaulas de las que nos alimentamos ahora, con la carne inflada y mortecina, sin sabor ni color.

Él, que había pasado los veranos en la aldea de sus abuelos en Soria, había visto que en la naturaleza todo posee sentido.

El gallo, con su cresta y su canto, era el que atraía a las gallinas, y no a la inversa.

Pero esos chiquillos carecían de ilustración sobre los aspectos básicos de la existencia.

Y no es que él creyera que el conocimiento sea lo que se encuentra en las bibliotecas ni en las aulas, sino en el diálogo entre los seres humanos.

Incluso los pájaros, a los cuales le encantaba escuchar, mantenían conversaciones entre ellos y con sus polluelos.

Pero al parecer nadie se había molestado en instruir a esos colegiales en los principios básicos del respecto hacia sí mismos y los demás.

Según le habían contado sus padres, hacía más de veinte años que los jóvenes pasaban allí las noches de los viernes y los sábados.

Últimamente el alcalde, que vivía a unos metros, había cubierto la plaza de granito para darle un aire más regio, como si se tratara de una fortaleza horizontal.

Sin embargo, manchas de todo tipo habían inmediatamente mancillado la piedra, que en su sueño se encontraba cubierta de charcos de sangre.

Entonces, para su consuelo, suena de nuevo el despertador.